fusiones ilusorias; y la mayoría de mala fé, decidida á derrocar el trono, creyendo quedar en buen lugar con los republicanos rojos.

Sabido es que el Concordato de Austria con Roma ha sido uno de los hechos que más han disgustado á los austriacos enemigos de la Iglesia, y que una de las primeras medidas de aquellas Cámaras ha sido, á propuesta del ministro protestante Mr. Beust, violar el Concordato. Comprendiendo Maximiliano que chocar con la Santa Sede y faltarla al respeto, sería una de las cosas que más le atraerian la voluntad de los ultraliberales alemanes, se apresuró á aceptar el plan que se le propuso en Tullerías, y apénas llegó á Méjico empezó á dictar las medidas que hemos visto contra la Iglesia. Además, cuanto decreto nuevo daba se publicaba en Alemania y en Francia con grandes comentarios, así como los de los tiempos de los vireyes y de la república, que se repetian, pero que se hacía creer en Europa que eran obra de Maximiliano, cuyo objeto era persuadir que tenia un genio creador, que era un gran administrador, que Méjico era un país en que, ántes de que él fuera, no existia nada de lo que constituye un país civilizado, aunque todo lo desorganizó él con sus decretos, como que, al expedirlos, sólo procuraba que hicieran efecto en Europa para sus proyectos, y eran inaplicables á Méjico.

Hemos visto que protestó contra la renuncia que hizo á sus derechos eventuales al trono de Austria, *que le habia arrancado su hermano en un momento supremo*, y que, segun *los más distinguidos diplomáticos y los jurisconsultos más entendidos, debia ser considerada como nula é irrisoria.* Temia que esa renuncia, que fué una condicion *sine qua non* para que se le diera el trono de Méjico, pudiera perjudicar más tarde á sus ambiciosos proyectos, bastante manifiestos áun cuando no hubiera otros datos más que la carta de Mr. Eloin, que hemos visto en la página 337.

Pero no sucedieron las cosas políticas en Europa como Maximiliano esperaba y se lo hacian esperar sus partidarios

en Austria: no podia volver á Europa abandonando á los hombres á quienes él habia comprometido; al partido que, despues de haberse visto burlado por él, habia acudido á su llamamiento en la hora suprema: hubiera sido el escarnio de los hombres sensatos si así hubiera obrado, y, comprendiéndolo, se resolvió á seguir el único camino honroso que le quedaba, y lo siguió con decision; portándose desde entónces, y sobre todo en el sitio de Querétaro, con una intrepidez, una abnegacion y un valor dignos de ser imitados por príncipes y generales. Despojado de las ruines pasiones de que habia estado poseido, libre de las funestas influencias que le habian dominado, rodeado de generales y jefes dispuestos á sacrificarse por él, y cuya lealtad comprendió, Maximiliano fué otro hombre desde Noviembre de 1866; y despues de haberse portado como convenia á un príncipe, supo morir valientemente como católico y caballero.

El general Miramon.

El general D. Miguel Miramon pertenecia á una familia decente de Guadalajara, aunque él nació en la capital del imperio. Estudió en el colegio militar de Chapultepec, y apénas salió al ejército empezó á distinguirse por su intrepidez. La prensa europea, la francesa principalmente, le ha tratado muy mal é injustamente: todavía el ocho de Junio de 1867, once dias ántes de su gloriosa muerte, le calificaba *Le Mémorial Diplomatique* de «general de sanguinaria reputacion», y ni este periódico ni otros de los que le maltrataron han querido referir sus altos y leales hechos, sobre todo los del sitio de Querétaro, siquiera fuera en expiacion de sus injustas acusaciones. No han visto más que sus faltas; pero, con el Sr. general Ramirez de Arellano, diremos á los detractores del general Miramon, que «para llegar á ser á los veintiseis años general y presidente de una república de ocho millones de habitantes, en cuyo seno hacen un gran papel el valor y la ambicion personal; para escribir, en fin, con la punta de su espada un nombre que es hoy universal, es menester haber hecho algo más que usurpar los servicios de la rutina y de la medianía; es menester tener genio, y,

sobre todo, que se presenten grandes ocasiones de manifestarlo.»

Se le ha acusado al general Miramon de haber cometido grandes faltas, durante su administracion, en materias de hacienda; pero ni podia tener un talento universal, ni práctica en esa clase de negocios á los veintiseis años; ni podian, ni él ni su ministerio, estando en constante guerra civil, hacer más que acudir á buscar recursos extraordinarios para combatirla, no alcanzando, ni con mucho, los ordinarios para cubrir los gastos.

Se le ha acusado de haber sido sanguinario, lo cual no es cierto; mas ¿quién no se habria visto obligado á hacer derramar sangre á veces estando colocado en la situacion en que él se encontraba? ¿Qué ha sucedido en todas las guerras civiles, inclusa la muy reciente de los Estados-Unidos? Al salir de la capital Miramon por la pérdida de la batalla de Calpulalpam, decia el Señor Pacheco, embajador de España, en despacho de veintiseis de Diciembre de 1860: «Naturalmente simpático, Miramon sabía que podia irse solo ó con una escolta; yo propio he oido á varios generales del bando contrario que ellos le escoltarian.» Ningun hombre sanguinario encuentra simpatías. Miramon no volvió á figurar, como hemos visto, hasta 1866, en que de vuelta de Europa prestó tantos y tan leales servicios á Maximiliano, hizo prodigios durante el sitio de Querétaro y murió tan honrosamente.

Los generales Mejia y Mendez.

Los generales Mendez y Mejía, indios ambos, habian empezado sus carreras desde soldados; eran valientes, con mucho conocimiento práctico de la guerra del país, en la cual ejecutaron grandes hechos de armas y fueron fieles y leales con Maximiliano hasta morir con él.

Sitio de la capital.—Su término.

A pesar de los acontecimientos de Querétaro, sostenia el general Márquez el sitio de la capital.

El diezisiete de Junio recibió el coronel Khevenhüller una carta del baron de Lago, escrita en Tacubaya el dia anterior, que decia: «Querido Conde: Informo á V. oficialmente de que el emperador Maximiliano se halla preso en Querétaro, de donde acabo de llegar esta tarde; cayó prisionero el quince con todo su ejército y todos sus generales.— Várias veces he hablado con S. M. en el convento de las Capuchinas. Sin duda Márquez habrá detenido una carta autógrafa de S. M., que el Señor Magnus le ha enviado á V. En ella le manda á V., S. M., así como á los otros oficiales de nacionalidad austriaca, que eviten en lo sucesivo toda efusion de sangre. Me permito, pues, comunicarlo á V. en mi calidad de encargado de negocios de Austria, haciendo responsable á V. y á los otros oficiales de dicha nacionalidad, ante S. M. I. R. A., de la sangre que se derrame de cada austriaco por una causa perdida desde hoy.»

Luégo que recibieron esta carta, acordaron los coroneles austriacos dirigirse al general Márquez, manifestándole que, en cumplimiento de las órdenes del Emperador, estaban resueltos á entregar las armas; pero no les contestó Márquez. Se dirigieron tambien al baron de Lago, enviándole una capitulacion, que aceptó el general Don Porfirio Diaz. Ningun derecho tenia el baron de Lago para comunicar órdenes, ni intervenir para nada en los asuntos del país; porque, al disolverse los cuerpos austriacos y belgas, los individuos de ambas nacionalidades que quisieron continuar en el servicio, quedaron como mejicanos «independientes de cualquier cuerpo extranjero: en consecuencia, debian ajustarse á los usos y costumbres de sus cuerpos respectivos», segun la proclama del Emperador de seis de Diciembre anterior.

El mismo dia diecinueve, en que tuvieron lugar, se supieron en la capital los fusilamientos de Querétaro, y entregó Márquez el mando al general Tavera, quien se rindió al general Don Porfirio Diaz. Los vencedores buscaban con encarnizamiento á los jefes militares y políticos del imperio; el general Vidaurri fué encontrado, y fusilado á las pocas horas; de allí á algunas semanas tocó igual suerte al general O'Horan.

La rendicion de la capital fué el último acto del drama imperial.

Conclusion. Nuestros lectores habrán visto que decíamos la verdad en el prólogo, rechazando la acusacion de escritores franceses, de que el Padre Santo, el clero y el partido conservador tenian la culpa de la caida del imperio, y que las causas verdaderas han sido las que nosotros exponíamos. A ellas hay que agregar la incalificable conducta del mariscal Bazaine, especialmente en las últimas semanas que pasó en Méjico, y la precipitada retirada muy parecida á una fuga, del ejército francés, sin que se hubiera organizado el mejicano, gracias al Mariscal.

España é Inglaterra cometieron una gran falta política al dejar sola á Francia. No comprendió el Ministerio presidido por el duque de Tetuan que la consolidacion del imperio mejicano le aseguraba á España la posesion de la isla de Cuba; y en el Gabinete de S. M. B. dominaron los celos de Francia y el temor á los Estados-Unidos. Áun habiéndose cometido el grave error de no reconocer á los Confederados, no es probable que los Estados-Unidos, á pesar de sus triunfos, se hubieran presentado tan exigentes con las tres potencias unidas como lo han sido con Francia sola.

Inglaterra y España están sufriendo ya las consecuencias de las estrechas miras de sus Gobiernos: Inglaterra en la cuestion del *Alabama*, que no puede tener más término que la guerra ó someterse á las exigencias de la altiva República, humillantes para Inglaterra; y España en la insurreccion de la isla de Cuba protegida, aunque se niegue oficialmente, por los Estados-Unidos, que no dejarán pasar la oportunidad que les presenta esta insurreccion, para dar un gran paso hácia la realizacion de la doctrina de Monroe.

El mal éxito del imperio en Méjico lleva consigo la expulsion de los pabellones europeos del continente y las islas de la América del Norte, y pocos años han de pasar sin que la Europa vea flotar el de las estrellas en todos los territorios de aquella parte del mundo, en que hoy flotan todavía algunos de los europeos.

El fusilamiento del infortunado Maximiliano ha sido la contestacion al impolítico reto de Napoleon en su carta al general Forey: Maximiliano no habria sido sacrificado, si el Gabinete de Washington hubiera hecho la más pequeña indicacion de que queria que se conservara su vida; pero no convenia á la política de los Estados-Unidos, que han querido dar una leccion severa á Europa. «Perdonar á Maximiliano», dice el general de aquel país Mr. Cluseret, «era confesar la debilidad de la América, y su falta de fé en sí misma y en sus instituciones; era Miramar trasformado en foco de perpétuas intrigas; era la espada de Damócles suspendida constantemente sobre la cabeza de la América; era una puerta abierta á todas las ambiciones y todas las codicias europeas; era la civilizacion, gastada, decrépita, raquítica, de la vieja Europa, galvanizada por un acontecimiento inesperado, enderezándose, tosiendo fuerte, levantando la voz, apretándose de codos y marchando á paso de carga contra la vigorosa sociedad americana.....

»*La condenacion de Maximiliano no es, pues, un hecho aislado é impuesto por la efervescencia popular: es un hecho político, concebido maduramente y friamente ejecutado; yo añado que con la aprobacion del partido republicano de los Estados-Unidos todo entero.....*

»¡Que venga á hablársenos de intervencion colectiva contra Méjico! ¡La gran República de América uniéndose á las monarquías de Europa contra una república americana! Es burlesco.»

Las ideas del general Cluseret son las del Gobierno de los Estados-Unidos, las de aquel país en general.

La expedicion francesa producirá pronto resultados opuestos al programa de Napoleon: *los Estados-Unidos sé apoderarán de todo el golfo de Méjico y de todas las Antillas; serán los únicos dispensadores de los productos del Nuevo-Mundo; la raza latina, por la invasion de la de los Estados-Unidos,*